

**La vejez y la búsqueda del calor humano
en *La hoja roja* de Miguel Delibes**

by

Dr. Madian Maghrabi

**Departamento de Lengua Española Facultad
de Al-Asun, Universidad de Aswan**

Email: madianmaghrabi@yahoo.es

ORCID: 0000-0002-7279-2057

DOI: 10.21608/aakj.2025.363987.1990

Date received: 26/ 2/2025

Date of acceptance: 10/4/2025

Resumen:

El objetivo de este artículo es analizar *La hoja roja* (1959) de Miguel Delibes, centrándose en el tema de la vejez y sus repercusiones en el hombre español, en el contexto de una sociedad egoísta e insolidaria. Además, en este estudio crítico se examina la búsqueda del calor humano y afecto, así como las experiencias emocionales que los personajes anhelan. Estas esferas subjetivas son exploradas por el narrador desde diversas perspectivas: el calor familiar, el calor de la amistad y el calor de las personas humildes, representadas por la criada del anciano, en un ambiente doméstico y acogedor. En dicha sociedad, los mayores que padecen la vejez y sus repercusiones discriminatorias son abandonados y no tienen más remedio que vivir en la angustiosa soledad y refugiarse en ella, y el anciano se convierte en una carga de la que nadie quiere responsabilizarse. En este estudio usaremos como apoyo las contribuciones de Lucien Goldman, Oscar Tacca, Darío Villanueva y Carmen Bobes Naves.

Palabras clave: Miguel Delibes, *La hoja roja*, la vejez, el calor humano, la insolidaridad.

Abstract:

**The Old age and the search for human affection
in *The Red Leaf* by Miguel Delibes**

The aim of this article is analyse *The red leaf* (1959) by Miguel Delibes, focusing on the theme of old age and its repercussions on Spanish man, in the context of a selfish, unsupportive society. It also in this critical study we examine the search for human warmth and affection, emotional experiences longed for by the characters, subjective spheres approached by the narrator from various perspectives: family warmth, friendly warmth, the warmth of humble people, represented by the old man's maid, in a domestic and cosy atmosphere. In such a society, the elderly who suffer from old age and its discriminatory repercussions are abandoned and have no choice but to live in anguished loneliness and take refuge in it, and the elderly become a burden for which no one wants to take responsibility. In this study we will use as support the contributions of Lucien Goldman, Oscar Tacca, Darío Villanueva, and Carmen Bobes Naves.

Keywords: Miguel Delibes, *The red leaf*, old age, affection, insolidarity.

ملخص:

**الشيخوخة والبحث عن الدفء الإنساني في رواية
“ الورقة الحمراء ” للكاتب ميجيل ديليبس**

الهدف من هذا المقال هو دراسة رواية “الورقة الحمراء” (١٩٥٩) للكاتب الإسباني ميجيل ديليبس، نقوم فيها بالتركيز على موضوع الشيخوخة وتداعياتها على الرجل الإسباني في سياق مجتمع أناني غير داعم على الإطلاق. كما تتناول هذه الدراسة النقدية إلقاء الضوء على البحث عن الدفء والحنان الإنساني، والتجارب العاطفية التي تتوق إليها الشخصيات، والمجالات الذاتية التي يتناولها الكاتب من وجهات نظر مختلفة: الدفء العائلي، ودفء الأصدقاء ودفء الناس المتواضعين، الذين تمثلهم خادمة الرجل العجوز، في جو منزلي هادي و مريح. في مجتمع كهذا، يتم التخلي عن المسنين الذين يعانون من الشيخوخة وتداعياتها التمييزية ولا خيار أمامهم سوى العيش في وحدة مؤلمة واللجوء إليها، ويصبح المسن عبئاً لا يريد أحد أن يتحمل مسؤوليته. وسنستعين في هذا البحث بمساهمات كل من لوسيان غولدمان وأوسكار تاكا وداريو فيانويفا وكارمن بوبيس ناباس.

الكلمات المفتاحية: ميجل ديليبس، الورقة الحمراء، الشيخوخة، الدفء الإنساني، قلة التضامن.

Introducción

La hoja roja⁽¹⁾ es una de las obras más relevantes en la producción literaria de Miguel Delibes.⁽²⁾ Esta novela publicada en 1959 se inserta en el contexto histórico y social de la posguerra española. En aquellos años, España se encontraba bajo la dictadura de Franco, un régimen que había establecido un control férreo sobre las libertades individuales y políticas en el país. La posguerra estuvo marcada por la represión política, el miedo, y la censura. Aunque la novela no aborda directamente los aspectos políticos de manera explícita, la trama y los personajes están influidos por un contexto de aislamiento y control social. La censura que afecta a los escritores y el control de la libertad de expresión se reflejan indirectamente en el carácter de los personajes, quienes viven en un ambiente de incertidumbre y reflexión. De hecho, el protagonista de la novela objeto de estudio, un anciano, reflexiona sobre la vida, el paso del tiempo y la muerte. Este tipo de introspección, que se aleja de los discursos políticos y sociales dominantes en aquella época, también refleja un clima de opresión en el que muchos ciudadanos que no podían protestar abiertamente recurren al pensamiento propio como única forma de resistencia o autoentendimiento.

El motivo de elegir este tema es por el compromiso social que tiene Miguel Delibes hacia la sociedad española y la preocupación ética y la dimensión humana con las que retrata y describe sus personajes, aspectos muy destacados en dicha obra.

En esta novela, el autor vallisoletano explora la vejez y sus repercusiones en el hombre español de posguerra. Otro tema

clave en la narración es la búsqueda de calor humano y el afecto deseados por los ancianos. Delibes aborda esta temática desde tres perspectivas: el calor de la familia, el de los amigos y el de la asistente, este último está representado por la Desi y la Antonia, empleadas de hogar de la familia. El autor critica el abandono de los ancianos por parte de los hijos, quienes, tras finalizar sus estudios se trasladaron con sus mujeres a las grandes ciudades de España, como es el caso de Leoncito, hijo mayor del viejo don Eloy. También el mismo abandono proviene del gobierno o de las instituciones de caridad en los años cincuenta. En nuestra investigación optamos por el método analítico-descriptivo y usaremos como apoyo los estudios de Lucien Goldman, Oscar Tacca, Darío Villanueva y Carmen Bobes Naves.

Es importante mencionar que esta obra fue publicada en pleno apogeo de la novela social española.⁽³⁾No obstante, los críticos no la han incluido entre la novelística de esta corriente, ni siquiera por la técnica narrativa o el mundo que el escritor representa. En este sentido, José Marra López señala que:

mientras la más joven generación nos muestra numerosos aspectos de la vida contemporánea en forma de alegato social o testimonio "objetivo", en suma, un mundo en lucha y desarrollo, envuelto todo ello en el brillante ropaje de modernas técnicas literarias, hay otro grupo de novelistas jóvenes también, aunque no tan recién llegados a nuestras letras, que realiza una labor tan eficaz, aunque de una forma más callada, presentando testimonios tan reales como los anteriores, pero diferentes en mundo y técnica. (1960:10)

Críticos como Ramón Buckley, Gonzalo Sobejano y Santos Sanz Villanueva, han coincidido en clasificar *La hoja roja* en la segunda etapa de la producción novelística de Miguel Delibes.⁽⁴⁾ Esta fase, según Sanz Villanueva, se caracteriza “por la adquisición de una técnica narrativa más moderna y objetiva e ideológicamente por una mayor conciencia de la solidaridad humana” (1972: 128). Alfonso Rey, por su parte, partiendo del contenido y la forma, clasifica *La hoja roja* como novela sentimental, pues considera central el sentimiento de soledad que experimenta el hombre. Para Rey, “son sentimientos, y no ideas, personajes o aventuras, lo que constituye el núcleo de esta séptima novela de Miguel Delibes. Y es también una actitud sentimental, de compenetración afectiva entre el lector y los personajes, su resultado final” (1975: 143).

Francisco Umbral, en relación con la novela provinciana de la pequeña capital, señala que “Delibes ha hecho como cronista minucioso, galdosiano, su libro mejor, en esta familia de lo provinciano, a distinguir de lo rural, quizá sea *La hoja roja*” (1969: 5). También añade que el escritor vallisoletano, para escribir esta novela, se apoyó más o menos en “la figura de su propio padre describiendo el calvario de un hombre en la última etapa de su vida,⁽⁵⁾ entre la jubilación y premuerte” (1969: 5). Cabe mencionar que, entre las claves situadas detrás de la conmovida humanidad del viejo don Eloy, protagonista de la novela, se posiciona la apoyatura biográfica del escritor;⁽⁶⁾ en la última etapa de vida de su padre, tal como lo ha confirmado anteriormente Francisco Umbral.

En relación con el tiempo, *La hoja roja* es la crónica de una capital de provincia: Valladolid. Los hechos narrados transcurren entre los años cuarenta y cincuenta.⁽⁷⁾ La historia comienza el día en que al viejo don Eloy le dan la fiesta de su jubilación y terminan con la resignación última del anciano, cerca de su muerte, cuando ya hay gotas de sangre salpicándole.

La novela se caracteriza por el uso de la analepsis (flashback), procedimiento que ayuda al lector a conocer todo el mundo relacionado con los dos personajes principales, don Eloy y la Desi. Se describe la historia de una familia burguesa de clase media española, su pasado pretencioso, su presente inane y un futuro cada vez más brillante, proyección levantada mediante Leoncito, el hijo mayor de don Eloy, quien ha conseguido, a través de duras oposiciones, la plaza de notario en Madrid. En su círculo final, *La hoja roja* es el relato de una vida, de un hombre, de una preagonía. Los recuerdos descompensen la biografía y pesa más el pasado que el presente y el futuro.

En relación con el espacio, los hechos narrados transcurren en Valladolid, una ciudad cuyo mayor incidente del año fue la única nevada del invierno. Gran parte de las acciones narradas ocurren en la casa de don Eloy, algunos sucesos en su centro de trabajo y otros en los parques, espacios donde el viejo sale de paseo diariamente con su amigo Isaías. También hay variantes espaciales, pues algunos hechos transcurren en Madrid, en la casa de Leoncito.

Como técnica, Delibes opta por el ritornelo, el estribillo. *La hoja roja* es una novela estrófica, un mundo donde las cosas pasan y vuelven a pasar, adquiriendo rima especial, la resonancia

que nos suena familiar. La familiaridad les da autenticidad a los personajes. Según Francisco Umbral, “Delibes no repite por repetir, sino porque repitiendo da a seres y a cosas un estofado de cotidianidad [...] en la mayoría de las vidas se repiten gestos y frases y recuerdos hasta el infinito” (1969: 10).

La lentitud en el paso del tiempo, aspecto que destaca en la novela, es expresada y figurada mediante la repetición de gestos, frases e historias. Las referencias al pasado del viejo don Eloy también se repiten continuamente. También se reiteran los tiempos de infancia en que don Eloy estuvo al cuidado de la criada de la familia, la Antonia, y su tío Hermene. Estas reiteraciones, recurso propio de la poesía popular, aportan otros sentidos, le asignan al relato fuerza afectiva y rítmica. Alfonso Rey, por su parte, señala que el valor de este recurso reside en que:

Las reiteraciones se destacan con cierta autonomía, pero el autor ha sabido integrarlas en el cuerpo del relato al enlazar una con otras y hacerlas converger en las situaciones finales de la novela, como si marcharan al compás de la vida y las acciones de los protagonistas. Todo esto da a *La hoja roja* un aspecto de bien apretada unidad artística. (1975: 153)

En suma, la intención del escritor vallisoletano reside en resaltar la búsqueda del afecto y el calor humano que anhelan los ancianos por parte de sus familiares o de las personas más allegadas. También se subraya la presencia del vino como remedio y alternativa que ayuda a los personajes a olvidar las penas, las preocupaciones y la insolidaridad reflejadas en la

sucesión de los hechos. En este sentido, Garrido Domínguez señala que el personaje literario se comporta como una persona real: duerme, come, habla, piensa, pero nunca va a poder identificarse con alguien que forma parte de la realidad, “se limitará sólo a ser un fenómeno literario, un trasunto de una persona o realidad personificada, formado con elementos tomados del mundo real y nacido de la observación de otros hombres y del propio escritor” (1993: 68). El personaje novelesco, desde un enfoque teórico, “es la suma de lo que de él dice la novela: descripciones, acciones, discursos, relaciones con los otros elementos textuales” (Milagros Ezquerro, 1990: 14).

1. La vejez

En cuanto a la vejez,⁽⁸⁾ como tema poco tratado en la novela española, cabe señalar que no es una enfermedad, sino un proceso natural, definitorio y estigmático que todas las personas, en la última etapa de su vida, experimentan de forma regular. Sus efectos consisten en los cambios físicos, psicológicos y sociales. A medida que las personas envejecen, desean retornar al pasado o vivir en la atmósfera en que han crecido. Pero, de repente, aparece aquello que está tratando de sacarles de su primer entorno o de su propio ambiente: el progreso y las nuevas formas de vida, en un mundo cada vez es más bien materialista e insolidario.

En *La hoja roja*, Delibes relata las consecuencias negativas de la vejez, efectos representados en el deterioro de la situación social y económica del viejo don Eloy. Su jubilación lo deja más pobre y más solo. Con dicha jubilación se reduce el salario o la nómina que solía cobrar mensualmente al ochenta por ciento o

menos. La escasez de dinero es notoria en el modo de vida del anciano, que llega muy ajustado a fin de mes, de hecho, “La jubilación no alcanzaba y había dado instrucciones a la Desi para no prender lumbre hasta las once” (Delibes, 1969: 67), y para no gastar más dinero en calentar toda la casa el viejo decide estar junto a su asistente y pasar una gran parte de su tiempo en la cocina. También cabe recordar que su hijo mayor, Leoncito, jamás lo visita y no muestra ningún interés en cómo vive su padre, y las personas más allegadas a él, como sus amigos, se van muriendo. A modo de aviso y alerta en que sus últimos días se acercan, en el librito de fumar llega a la hoja roja,⁽⁹⁾ metafóricamente refiere a que él está en la antesala de la muerte, en el tramo final de su vida, incluso se considera como una evidente señal que anuncia el final de su existencia.

En el relato destaca la importancia que el viejo don Eloy da a la salud, valía reflejada en las manías obsesivas acontecidas en la rutina diaria de este hombre, es otro de los hitos que usa Delibes para avanzar la narrativa hacia el final. La vida de este anciano gira en torno a dichas manías, en presencia de su criada, la Desi, como ilustra en lo siguiente:

que el viejo fuese friolero o superpusiese la colcha a los pantalones, el chaleco y la americana; o que durmiera con la faja y los calcetines puestos; o que permaneciese arrodillado durante media hora después de las comidas para facilitar la digestión; [...] o que, en suma, en primavera y verano madrugase con el alba para hacer de vientre en la espesura del parque, eran cosas que no ofendían a nadie y que a nadie perturbaban.

(Delibes, 1969: 21-22)

En la novela se perciben algunos efectos negativos de la vejez, como la sensación de terror y pánico que siente el viejo don Eloy ante la muerte.⁽¹⁰⁾ A lo largo de la narración, él repite, en más de una ocasión, que la vejez es la antesala de la muerte. A su modo, don Eloy, expresa simbólicamente su preocupación por la muerte propia, “a mí ya me ha salido la hoja roja en el librito del papel de fumar” (Delibes, 1969: 19). En cambio, Isaías, amigo íntimo del viejo, no da mucha importancia a esta cuestión y responde al viejo con la misma frase de siempre cuando toca este asunto, “andando poquito a poco”. De esta forma, se queda más que evidente el contraste de las actitudes de los dos amigos hacia la muerte: la angustiada de don Eloy y la optimista de Isaías. De esta manera se observa claramente la libertad que el escritor concede a los personajes con el fin de expresar lo que sienten, pues como señala Gonzalo Sobejano “las figuras se definen hablando y moviéndose, y su intermitente reaparición, en breves escenas que reflejan, simultáneamente, su vivir” (1975:113).

En relación con el pánico a la muerte, emoción resaltada en la novela mediante las obsesiones del viejo don Eloy por su propia salud, él repite continuamente, cuando habla con otro personaje, que su amigo Poldo Pombo y su hijo Goyito, los dos “murieron sin guardar antesala”. En la novela objeto de estudio, la antesala de la muerte o modernamente, la sala de espera desempeña un rol importante en la vida de este hombre, pues, de forma indirecta, sirve al escritor como una referencia de las propias reflexiones y del concepto de vida que dispone el personaje:

la vida era como una sala de espera y que todos andaban en ella, y que, de cuando en cuando, alguien decía: "El siguiente", y de esta manera, poco a poco, el mundo se iba renovando, porque unos entraban y otros salían, pero que más tarde o más temprano a todos les llegaría el turno. (Delibes, 1969: 145)

Entre los efectos negativos de la vejez, que denuncia Delibes en esta novela, destaca la marginación de don Eloy y su invisibilidad en la vida moderna solo por el mero hecho de ser viejo. En la sociedad española en que vive a nadie le importa, ni a sus familiares –como su hijo Leoncito, o su esposa Suceso–, ni a sus ex compañeros de trabajo. Hay que tener en cuenta que llegar a viejo es un ciclo en la vida del hombre, su retiro del trabajo, el abandono y la nostalgia de los seres queridos, y el hecho de sentirse relegado, conforman la existencia de un anciano que interioriza la idea que su compañía resulta un gran estorbo para los demás. La única compañía que se manifiesta en esta obra corresponde a la Desi, quien le escucha y pone mucha atención en todo lo que dice:

La chica conservaba un ahincado sentimiento de honestidad y lo defendía con bravura. Este principio, en rigor, no respondía a una base religiosa, ya que la Desi, en este aspecto, alentaba en su pequeño cerebro unas ideas elementales. (Delibes, 1969: 54)

En suma, el viejo don Eloy es un hombre aferrado a la vida y su idea de pasar los últimos días de su existencia en la soledad le produce más miedo que su propia muerte. En sus últimos días intenta rescatar algunos recuerdos suyos y de los seres más

queridos. Su búsqueda del calor humano, el afecto y la compañía representan la necesidad de la proyección del yo en el otro, en una dinámica de correspondencia. En la novela, el escritor vallisoletano, fue movido por el interés humano y la preocupación por el hombre y todos los males que le angustian.⁽¹¹⁾ En la novela, junto al pánico a la muerte, se destaca la soledad radicalizada e intensificada en la etapa de vejez. Asimismo, ambas cosas aparecen dibujadas de una forma explícita desde las primeras líneas de la narración. En esta línea, el propio autor afirma que “El sentimiento de soledad, por otra parte, no es una ilusión –como a veces lo es el de inferioridad– sino la expresión de un hecho real: somos, de verdad, distintos. Y, de verdad, estamos solos” (Delibes, 1975).

En los remedios que emplea el viejo don Eloy, y en los consejos simultáneos dados a su amigo Isaías, se evidencia que en los últimos días de su vida, don Eloy tiene la costumbre de estar de rodillas durante media hora con el fin de facilitar la digestión y sentirse mejor. “El viejo Eloy alimentaba el prejuicio de que el día que no se arrodillaba durante media hora después de la comida se le retrasaba la digestión” (Delibes, 1969: 83). También se resalta la forma en cómo subir las escaleras de su casa, que suelo hacerlo a modo de un perro, para no fatigar los pulmones. También estar descalzo durante una hora al día por las baldosas humedecidas del cuarto de baño con el fin de descongestionar su cabeza:

El viejo se reía de estos remedios y le animaba a que ensayase el suyo y a que probase, asimismo, de subir las escaleras de su casa doblado por la cintura en ángulo recto,

ya que de este modo el diafragma se desplazaba y podías ascenderse cincuenta y hasta sesenta peldaños sin que los pulmones se fatigasen. [...] Peor sería que el viejo le diera por pasear descalzo una hora al día por las baldosas humedecidas del cuarto de baño para descongestionar la cabeza, como hacía el señorito de la Tasia, o, simplemente, por salir al café después de cenar como hacía el señorito de la Marce. (Delibes, 1969: 84 y 22)

En relación con los problemas de salud a los que se enfrentan y que preocupan a los ancianos en la última etapa de su vida, tal como el caso del viejo don Eloy, destacan los síntomas de la próstata y el escozor en el momento de orinar:

En la segunda quincena de febrero el viejo Eloy empezó a notar frecuencias en las micciones y un pasajero escozor y se dijo: “La próstata”. Al llegar a cierta edad, ya se sabía: “La próstata o la vida”, o sea que él todavía andaba de suerte. A Isaías le dijo: “Me escuece al orinar”, pero Isaías le replicó: “Tanto tú como yo tenemos cuerda para los ciento, no te preocupes”. (Delibes, 1969: 141)

2. El calor familiar

El escritor pretende reflejar la historia del viejo don Eloy, un hombre de avanzada edad, recién jubilado, con más de sesenta años, quien busca el calor humano y el afecto de las personas más allegadas a él. Vive en compañía de su criada, la Desi, una chica de veinte años, que viene de uno de los pueblos aledaños a Valladolid. Ambos personajes son de distinta edad,⁽¹²⁾ el hombre es anciano y la chica está en plena juventud. A través de estos

dos personajes el autor nos presenta la realidad de dos universos o los polos opuestos de la vida: hombre/mujer; joven/viejo; campesino/metropolitano y pobre/rico.⁽¹³⁾ En la novela esta muchacha va a recordarnos que campo y ciudad no se pueden interpretarse separadamente sino se definen de una forma mutua. Ambos personajes en su búsqueda se topan con un camino pleno de decepciones y desilusiones a causa de la insolidaridad e indiferencia de las personas que les rodean, incluso de sus familiares. La necesidad del calor humano se convierte en un sentimiento de soledad experimentada por los protagonistas:

la Desi ignoraba que el viejo lo único que ambicionaba era calor. Desde niño el viejo Eloy buscaba instintivamente el calor y desde niño, empujado por su sino tortuoso, se había visto obligado a cambiar de calor como de camisa. (Delibes, 1969: 84)

"Mas la Desi clamaba que era él lo único que la quedaba en el mundo y que era más bueno que todas las cosas..." (Delibes, 1969: 223).

El viejo don Eloy y su criada, la Desi, según las palabras de Alfonso Rey, pertenecen a "clases pasivas" (1975: 144). También son dos caras del mismo padecimiento social: el aislamiento, el abandono y la existencia triste del ser humano en un universo abarrotado de gente indiferente. El viejo es simplemente un recién jubilado que vive últimamente sobre la base de los recuerdos de sus más allegados como ilustra en esta cita:

Hace muchos años, en tal día como hoy, mi tío Hermene nos abría los armarios donde guardaba la ropa de sus antepasados y la Rosina, la hija de la Fuensanta, la murciana, y yo y los amigos de los dos nos disfrazábamos y el tío hacía un concurso de chistes y otro de poesías y otro de villancicos y en cada uno daba un duro de plata de premio. ¿Recuerdas tú los duros de plata, hija? (Delibes, 1969: 112)

En la narración, además de los recuerdos del viejo, que tienen la función de dar credibilidad y verosimilitud a los personajes, el hecho de la repetición de que el retiro o la jubilación son la antesala del otro mundo y que la vida es como una sala de espera, revela la pasividad de don Eloy. La Desi, a su vez, es una chica ingenua y sin experiencia, que espera el futuro sin actuar en el presente. Lo único que sabe hacer, aparte de acompañar a este anciano, es juntar algunas cosas para el día de mañana. “En menos de dos años, había reunido además de la colcha, dos mudas, dos toallas, tres sábanas y la maleta” (Delibes, 1969: 24). Asimismo, dicha pasividad, podría causar en el lector la impresión de que el tiempo se ha detenido porque los protagonistas son incapaces de realizar una acción continuada. En la narración lo único que se refleja, y en más de una ocasión, son tareas cotidianas en casa o en la cocina del viejo:

Mientras el viejo Eloy escribía a Leoncito, el chico, en la mesa de la sala, la Desi, la muchacha, con el escobón y la bayeta de la mano, contemplaba extasiada por encima de su hombro cómo la pluma garrapateaba sobre el papel.
[...]

"El viejo Eloy, desde la cama, captaba cada mañana el glacial silencio de la calle". [...]

"el viejo Eloy se arrojaba de la cama tiritando, se embutía en su mustio batm gris y corría a refugiarse en la cocina. Allí junto a la Desi, oyendo el dulce crepitar de la lumbre en el hogar, experimentaba una plácida sensación de equilibrio" (Delibes, 1969: 27, 82 y 84)

El viejo don Eloy, en el último ciclo de su vida, desamparado, con mucha nostalgia y tantas ganas de ver a su familia, toma la decisión de visitar a su hijo Leoncito y su nuera Suceso, en Madrid,⁽¹⁴⁾ va en busca del calor humano y el afecto familiar. El anciano descubre que la vida de su hijo se basa únicamente en la frivolidad, en los lujos que puedan darse y que entre la pareja no hay ningún cariño o afecto, a pesar del progreso y comodidades que tienen a su alcance, hasta que tienen un mayordomo que les atiende y les sirva la comida.⁽¹⁵⁾ Desde la óptica del viejo, en esta casa no se inspira satisfacción, ni felicidad, ni ganas de vivir, pues el hijo está desmejorado, se ha apagado prematuramente con problemas de salud debido a los pinchazos que tiene en la nuca por el esfuerzo empleado en las oposiciones que le permitieron conseguir la plaza de notario en Madrid. En un ambiente como este, el viejo se siente ajeno y no encuentra el calor que necesita, además, se siente como un estorbo, con todo el esfuerzo que hizo y su lucha "por aproximarse a Suceso, pero Suceso se movía en otro mundo" (Delibes, 1969: 167). Finalmente, al no conseguir nada de lo que anhelaba, y sentirse como un impedimento para la familia

madrileña de su hijo, don Eloy decide volver otra vez a su hogar, en Valladolid, donde le espera su criada, la Desi.

En esta investigación, cabe destacar la trascendencia que Delibes da a los efectos que producen los abrazos en las personas de edad avanzada, como el caso de don Eloy y su hijo Leoncito. El hecho de abrazar a las personas mayores simboliza sentimientos de comodidad, seguridad, apoyo, alegría y gratitud, en la novela esta sensación ilustra en la siguiente cita:

Leoncito le había besado al llegar, tal vez porque el viejo se arrojó en sus brazos sin ningún miramiento. Suceso, en cambio, apenas le tendió la mano y le llamó Eloy, por su nombre de pila, en lugar de decirle padre. (Delibes, 1969: 166)

Hay que recordar que cuando las personas mayores se retiran del trabajo o se jubilan, se sienten solos y abandonados. Si alguien los abraza, les da comodidad y seguridad. Abrazar activa en su interior la hormona oxitócica, la hormona del amor, y tiene como efecto mejorar el estado de ánimo. El apoyo de los familiares y amigos les hace sentir amados, apreciados y no sentirse solos en el mundo. Los abrazos son expresión de alegría y gratitud entre las personas, especialmente, son beneficiosos para los mayores, contribuyen a mitigar el envejecimiento y los cambios físicos y psicológicos de la última etapa de la vida.

En este relato, el escritor refleja la situación del viejo don Eloy como un ser desamparado. Muchos de sus familiares y seres queridos han fallecido. Y con ellos han desaparecido las referencias de toda una vida. Don Eloy, tras su jubilación, es un

personaje sin ningún futuro por delante, añora y anhela el pasado. Su única vía de escape reside en refugiarse en los buenos recuerdos de lo vivido con sus familiares. Con el pánico que le tiene a la muerte, cada vez más amenazador, se aferra a la vida de manera consciente. Por lo tanto, busca el cariño, el afecto y el calor humano, “Es triste siempre el final de una vida, cuando los recuerdos descompensan la biografía y pesa más el pasado que el presente, y el futuro no pesa nada. Es dramática la radical soledad del hombre” (Umbral, 1969: 8-9).

Delibes resalta la diferencia social y cultural entre el viejo y su criada, incluso en la procedencia de los dos. Pero ambos se identifican en su desamparo social y en la soledad compartida en que viven. En la cocina de la casa de don Eloy, al lado del fuego, ambos encuentran el calor compensatorio de la frialdad del entorno y el olvido de sus más allegados. Asimismo, a través de la evocación de sus respectivas historias familiares, Delibes reconstruye, en breves trazos, la vida de la ciudad de Valladolid, con don Eloy como protagonista, y la vida de un pueblo, representada por la Desi, asistente del viejo.

La soledad de don Eloy y la Desi es la tónica de sus vidas. Ambos son huérfanos de padres desde temprana edad. El padre de don Eloy murió el mismo día en que él nació, durante su infancia su cuidado estuvo a cargo de la criada Antonia, y tras su marcha a Bilbao tuvo que responsabilizarse de él su tío Hermene. En su etapa de adulto y hombre casado, tampoco encontró el afecto y el cariño de su mujer, Lucita. En cuanto a la asistente, después de la muerte de su padre ella tuvo que vivir con su madrastra, quien no le trataba bien, decidió dejar el pueblo y

marcharse a Valladolid para trabajar en el servicio doméstico en casa de don Eloy, a cambio de un salario mínimo. En lo que respecta a esta cuestión, el propio autor ha reflexionado, desde su juventud, acerca de la existencia, la soledad y la muerte y dice, “mi existencia en la soledad, pero más vasta y profunda que el sentimiento de interioridad, yace en soledad”

(Delibes: 1975: 22).

3. El calor de la amistad

La búsqueda del calor del amigo está representada en la experiencia del viejo don Eloy, personaje cuya intención de vida, como consecuencia de su inactividad, es encontrar el afecto y calor humano en las personas de su entorno, o, por lo menos, conseguir alguna referencia de su pasado y de sí mismo. Movidio por la nostalgia, don Eloy visita su antiguo centro de trabajo y la óptica de su amigo Pacheco, con quien comparte la afición a la fotografía. El viejo, al darse cuenta de que su presencia en este lugar presenta un estorbo para los que trabajan allí, y al tener conciencia del rechazo ajeno, decide no volver nunca más y se limita a salir con su amigo de infancia, Isaías, con quien comparte los recuerdos de vida, hablando del pasado, de las personas ya muertas. En otras ocasiones opta por quedarse en casa, en compañía de su asistente, la Desi:

Después de su aparatosa caída, Pacheco recibía al viejo Eloy en la trastienda y le abandonaba allí, junto a la caldera, hasta la hora de cerrar. El viejo solía decirle: "Tengo ganas de charlar un día largo y tendido con usted". Más Pacheco decía: "Otro día, don Eloy, hoy ando muy ocupado". De esta forma el viejo fue demorando sus

visitas a la óptica y termino por no volver. (Delibes, 1969: 129)

En la novela destaca la sensibilidad del viejo don Eloy al frío y su necesidad del calor humano buscándolo entre sus amigos y sus familiares, o el calor del sol, que busca cuando sale todas las tardes con su amigo Isaías. La aparición del sol en este relato se presenta como un símbolo de vida. Por su parte, don Eloy y la Desi generan calor dentro de sí y lo expanden hacia otras que lo necesitan. Pero, a la vez, precisan recibirlo de otras personas. Con las características sociales de una persona urbana: un empleo municipal, una casa grande, pasear diariamente con los amigos, y pasar tiempo en el parque aprovechando del calor diario y las amistades de una vida, don Eloy al retornar a pasear con Isaías vuelve a sentir el calor de la amistad continuamente buscada.

En este relato, cabe destacar la trascendencia de la muerte del viejo Isaías que profundiza la tristeza de don Eloy, porque Isaías representaba para él no solo el calor humano, sino también, un símbolo de la amistad, el único vínculo con los recuerdos vitales y el eco de los seres queridos que han partido a otro mundo. De hecho, le resulta muy complicado transmitir a la Desi la profundidad de la tristeza y el cúmulo de los sentimientos que le embargan por el fallecimiento de su amigo Isaías:

Era difícil tratar de hacer comprender a la chica que no era el amigo, sino el calor, y que no era sólo un hombre lo que yacía en la ataúd, sino madame Catroux, la francesa, y su colegio de párvulos, y Pablo Pombo y su anacrónico bicicleta y las poleas gimnásticas del doctor Sandon y su

hermana Elena, y la Antonia, y el tío Alejo y sus bracitos de enano; y la Rosina, y el tío Hermene y el Banco Cooperativo; y Pepín Vázquez y la Paquita Ordóñez y la Casa de Baños; y Lucita y Goyito, su hijo menor, y toda una vida. Era muy complicado empezar a explicarle a la muchacha todo aquello de que el hombre precisa un calor por dentro y otro por fuera. (Delibes, 1969: 148)

En cuanto a la falta de afecto y cariño que anhelan don Eloy y su criada se resalta en un factor simbólico: el frío físico que ambos personajes padecen y la búsqueda material de calor que sugieren y configuran la mezcla de la frialdad del entorno hacia ellos y los anhelos de calor humano. El viejo don Eloy se acerca al fuego en la cocina tras ser rechazado en su lugar de trabajo. También durante sus paseos por las tardes con su amigo Isaías, busca el sol. En la siguiente cita el narrador refleja el concepto y la forma de pensar sobre el calor que necesita el hombre:

pensó que lo importante en la vida era tener calor, pero el hombre precisa dos calores, pero que, puestos a ver, los dos calores eran un solo calor y por esta simple razón el hombre inventó el fuego y una vez inventado todo iba bien, y los hombres se reunían en torno y apareció una intimidad que provenía de las llamas e iba a las llamas después porque aquello era un doble calor, un extraño calor de ida y vuelta. [...] pero desde que vino el progreso y el calor se entubó, la comunicación se había roto. (Delibes, 1969: 188-189 y 184)

4. El calor de la criada

La búsqueda del calor por parte del viejo don Eloy, también está representada en la Desi y la Antonia, asistentes de la familia. Durante su infancia don Eloy estaba a cargo del cuidado de la criada Antonia y se nutrió del afecto y el cariño que desprendía de esta mujer, “en realidad, el calor de la Antonia lo perdió el viejo Eloy antes de lo del sacrilegio y, por lo tanto, antes de que su hermana Elena marchase de señorita de piso en Bilbao, al convento de su amiga Heroína” (Delibes, 1969: 110). La trascendencia del calor de Antonia se destaca en evocación del viejo:

Arrullado por la crepitación de la lumbre en el hogar, el viejo Eloy evocaba el calor de la Antonia. La Antonia fue su primer calor, pues a su padre no llegó a conocerle y de su madre no guardaba una idea exacta. En cuanto a su hermana Elena, con quien vivió unos años, era despegada, áspera y fría como un reptil. El viejo Eloy, como el Marcos, el medio hermano de la Desi, fue un fruto tardío y precisamente vino a nacer el mismo día que enterraron a su padre. [...]

Lo mismo que lo sucedía ahora al ver el despertador. Pero ahora las pesadillas le perseguían aún despierto y él para huir de ellas, se embutía en la bata con torpes movimientos y se refugiaba en la cocina. Una vez allí, el calor de la Antonia prevalecía sobre el frío de los impresos, el frío de Carrasco y el de su hermana Elena.

(Delibes, 1969: 43 y 46)

En la novela se resalta recurrentemente la importancia del afecto y la calidez de la Antonia y su sencillez, incluso cuando la Desi está presente. De tal modo, en esta novela “la preocupación ética de Delibes está presente en todas sus obras. Para nadie es un secreto su preferencia por los personajes sencillos, a veces incluso marginales” (Medina-Bocos, 2005: 180).

Junto a la Desi, en la cocina, el viejo Eloy evocaba el calor de la Antonia, un agrisulce y ofuscaste vaho de establo. En cambio, por las mañanas, al despertar, en el inmenso lecho, le atenazaba el hálito helado de su hermana Elena. Su hermana Elena, pese a los lazos de sangre y llevarle veinticinco años, jamás dio un paso por asentarle en la vida o por proporcionarle un calor. (Delibes, 1969: 46)

El viejo don Eloy, al no sentirse a gusto y bien atendido en la casa de su hijo en Madrid, decide volver a su hogar en Valladolid, en busca del calor de su crida, pero en su vuelta tenía entre sus ojos el miedo de volver a su casa y no encontrar a la Desi, porque ella representa para él la última esperanza en este tramo final de su vida:

Fue en este instante cuando el viejo decidió regresar a casa. Su nuera le acompañó a la estación, pero al despedirle le dijo Eloy y no padre como él deseara y él entonces pensó en la Desi y se angustió ante la idea de no encontrarla en su casa. Ahora, al ver en el tren las vastas manos de la pequeña campesina arañando el pan, el viejo Eloy volvió a pensar en la Desi y a impacientarse ante la posibilidad de no hallarla. (Delibes, 1969: 185).

En la narración se destaca el efecto y la sensación de aprecio de don Eloy hacia la Desi, su ángel de la guarda. Al encontrarla en casa, él se volvió loco con la dicha y alegría, incluso planteó estrechar con la chica una relación de amistad y compañía. También ofrecer a la muchacha compartir con él las cuatro cosas que tiene en casa, cosas que el día de mañana, cuando esté muerto, ya serán de la joven.⁽¹⁶⁾

Su absorbente mirada enloquecida se clavaba pesada y contumaz en la muchacha, pero ella no experimentaba miedo ahora, sino una pungente compasión, y cuando el viejo la sujetó por el brazo crispadamente y la pidió a gritos que no le abandonase, ella, la chica, dijo serenamente:

- ¡Otra! ¿Habló alguien de marcharse?
El añadió:
- Hija, ¿por qué no hemos de compartir lo que yo tengo?
[...]
- Tendrás estorbo por poco tiempo, hija. A mí me ha salido ya la hoja roja en el librito de papel de fumar. [...]
- El día de mañana estos cuatro trastos serán para ti –y respiró fuerte. [...]
- Como usted mande, señorito. (Delibes, 1969: 189-190)

De vuelta a su propia casa, en Valladolid, don Eloy, desamparado y decepcionado, se ampara en la sombra protectora de su criada, la única persona que le brinda el cariño, afecto y calor humano que necesitaba tras el fracaso de su visita a Leoncito y su nuera Suceso. Mediante la relación amistosa y entrañable entre ambos, se aprecia que no existe una búsqueda de

comunicación entre ellos, sino de compañía, comprensión y aceptación de lo que les consuela:

En los últimos siete días no volvió a mirar de aquella alterada manera, ni a decir entre dientes cosas sin sentido. De otro lado, la Desi ignoraba que el viejo lo único que ambicionaba era calor. Desde niño el viejo Eloy buscaba instintivamente el calor y desde niño, empujado por un sino tortuoso, se había visto obligado a cambiar de calor como de camisa. (Delibes, 1969: 34)

En realidad, el viejo don Eloy llega a la conclusión de que el verdadero calor está en su propio hogar, concretamente, en la cocina, junto a su asistente, la Desi. Ambos llegan a un acuerdo y, aferrándose a lo que tienen a su alcance, aceptan compartir los cuatro días que le quedan al viejo don Eloy. De esta manera, es evidente que el verdadero lazo que une a los seres humanos, sean de donde sean, es el afectivo, vínculo que está por encima de todas las diferencias culturales y sociales, pues “todo ser nace para aliviar la soledad de otro ser, y que el sentido de clase, la educación, etc., son fronteras convencionales levantadas entre los hombres que no tienen razón de existir” (Alonso de los Ríos, 1993: 74). Aunque la crida se siente desprotegida, le conviene vivir, junto al viejo, su amarga soledad, pues ella debió salir de su pueblo después de la muerte de su padre, a fin de aspirar a un futuro mejor. La presencia de las costumbres y las tradiciones de la vida en el campo se resalta en este relato a través de los recuerdos y la actitud de esta chica. La Desi es una chica inocente, analfabeta y sin instrucción ninguna, no fue al colegio.

Su mayor deseo reside en aprender a leer y don Eloy le otorga esta oportunidad con paciencia y dedicación:

Desde niña, las letras le fascinaron. Le maravillaba la extraña capacidad del hombre para atrapar las palabras y fijarlas indefinidamente en un papel, con la misma facilidad que don Fidel, el maestro, allá en el pueblo, arrancaba una flor y la prensaba entre las páginas de un libro. (Delibes, 1969: 27)

En casa, tras la pérdida del calor familiar, del amigo y antes su primer calor, el de la Antonia, el viejo Eloy lo encuentra fálidamente, junto con su criada la Desi, en los días normales y en los días de fiesta, como ocurre en la noche buena:

el viejo se arrojaba de la cama tiritando, se embutía en su mustio batín gris y corría a refugiarse en la cocina. Allí, junto a la Desi, oyendo el dulce crepitar de la lumbre en el hogar, experimentaba una plácida sensación de equilibrio. [...]

Cuando el viejo Eloy decidió celebrar la noche buena en compañía de la Desi y ordenó a la chica subir una botella de clarete de la taberna de la esquina, tenía sus razones. El viejo Eloy rara vez actuaba a humo de pajas. Al dar este paso pensó que, si había muchas cosas que olvidar, otras había que merecían ser celebradas. Una de las cosas que olvidar era, por ejemplo, el asunto de las fotografías; otra, el perdido calor de la cooperación, otra más la hoja roja del librito de fumar. (Delibes, 1969: 68 y 91)

Es importante reconocer que la calidez humana emanada en el hogar de don Eloy es recíproca. La criada, tras abandonar su aldea para buscar un futuro mejor en la ciudad, no encuentra otro consuelo, ni protección más que en su patrón, don Eloy, por quien ella siente afecto. Él también ha mostrado repetidamente su afecto y aprecio por la Desi, le entiende y comparte con ella numerosas historias de vida, además de tener paciencia para enseñar leer a alguien que no tiene instrucción alguna. Aún más, don Eloy ha sido fiel a sí mismo al viajar a Madrid para ver a su hijo Leoncito, pues presiente que su tiempo en este mundo es limitado. En medio de esta situación angustiosa, resalta la inocencia de la Desi, quien recita sus oraciones diarias sin comprender el verdadero significado de sus palabras, “Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, con la Virgen de la Guía y el Espíritu Santo” (Delibes, 1969: 56).

Cabe señalar, que en esta obra los hechos narrados transcurren en una creciente relación de conveniencia de los dos personajes. El anciano se siente solo y abandonado; la criada desprotegida y sin amparo. La protección y el amparo que la joven percibe es, psicológicamente, para ella, más importante que los cuarenta duros que cobra a cambio del servicio que presta al viejo. Por un lado, en relación con el poco dinero que cobra la Desi, su amiga, la chica del tercer piso, la Marce, no le pareció bien y la criticó de esta forma, “Vamos, maja, que a cualquiera que le digas que por cuarenta duros sigues amarrada al viejo no te lo cree” (Delibes, 1969: 21). Por otro lado, en el diálogo entre las dos amigas se aprecia la miseria de sueldo que cobran las empleadas del hogar, una cantidad igual a lo que necesita una familia para mantenerse durante una semana en aquella

época.⁽¹⁷⁾ Con los cuarenta duros la criada no hubiera podido salir adelante, sin contar con el techo y el plato de comida que le facilita su señor. Como persona conformista, le parece suficiente contar con un trabajo estable que le permite ahorrar, tener seguridad y la protección con que anteriormente no contaba.

La Desi, envuelta en su rebeca heliotropo, sentía frío, pero la conciencia de su propio decoro y su íntima satisfacción, la abrigan. El Picaza, transcurridos unos días, había vuelto a ser el mismo de siempre, con su osadía incisiva y su mala lengua y su vitalidad envolvente y su hermosa voz. (Delibes, 1969: 118)

En la narración, se resalta repetidamente el calor humano, el afecto y el soporte que emana de la criada Desi, especialmente, en momentos críticos, como en el caso de su novio, el Picaza, cuando él fue encarcelado y luego sometido a juicio militar por decapitar a una joven que insultó a su madre. Durante este difícil periodo, la Desi lo visitó en prisión y le brindó su calor, apoyo incondicional y todo lo necesario, incluso durante la visita:

La Desi le contemplaba paralizada, con un tierno, desesperado estupor, pero cuando el guardia se aproximó y la tomó por un brazo y la dijo: "Vamos", la muchacha experimentó una sacudida y prendió arrastrar al Picaza consigo, más el muchacho tiraba de un lado y el guardia del otro, y al fin le soltó, y en ese instante creó enloquecer y volvió la sucia cara y voceó entre las lágrimas:

- Si necesitas algo, Picaza, manda razón, oyes La ropa o lo que sea, Picaza. (Delibes, 1969: 181)

La amistad que surge entre ambos personajes representa lo verdaderamente valioso en la vida. La estrecha relación de compañía entre don Eloy y su criada se aleja de la hipocresía y el engaño, es auténtica y amorosa sin ningún interés de por medio. El escritor plantea la compañía mutua entre estos dos como la única vía de escape para paliar la soledad. De hecho, el verdadero cariño y afecto se hará perceptible en este tipo de relación. Asimismo, entre don Eloy y su asistente se establece una relación de compañía. También se resaltan dos soledades juntas, dos tiempos de la vida, una comenzando y la otra acabando.⁽¹⁸⁾ En este aspecto, el autor “se concentra en el estudio de los personajes y en la descripción de sus circunstancias” (González, 2003:51). *La hoja roja* es una novela de “interiores friolentos, de gélidos desamparos. Todo se limita a la puesta en escena de la inmensa soledad en la que esas dos criaturas viven sus vidas” (Trapiello, 2003: 158).

En definitiva, en este relato el escritor vallisoletano retrata la vida cotidiana del hombre común y poco relevante. También pretende dejar constancia de la muerte y la soledad que amenaza la vida del hombre español. El protagonista se encuentra atrapado en una etapa vital, principalmente, afectada por dichas amenazas. El sentido que emerge de esta obra reside en denunciar la insolidaridad social y la falta del calor humano en una sociedad cada vez más materialista que relega al hombre no productivo, tal como el viejo don Eloy, postergado hasta por su propia familia. En la narración, Delibes demuestra la falta de aceptación de unas edades respecto a otras y pone de manifiesto su talento excepcional con el fin de extraer de la vida diaria los más puros resortes del arte creando un retrato en que el lector distingue, claramente, los distintos aspectos del sufrimiento que reside en el abandono social que afecta a los ancianos.

Conclusiones

En *La hoja roja*, como en otras novelas de Miguel Delibes, el ser humano está presente con una pasión insólita. También se evidencia que el verdadero lazo que une a los seres humanos, sean de donde sean, es el afectivo, dimensión que está por encima de las diferencias culturales y sociales. En este sentido, el propio autor dice que “todo ser nace para aliviar la soledad de otro ser, y que el sentido de clase, la educación, etc., son fronteras convencionales levantadas entre los hombres que no tienen razón de existir”.⁽¹⁹⁾ A través de los roles de los personajes principales don Eloy y la Desi, que aparecen en esta novela con una asombrosa hondura humana, con sus virtudes y sus defectos y son retratados por un estilo que trasunta la búsqueda de afecto y calor humano, y por eso, Delibes nos presenta dos generaciones y dos mundos totalmente diferentes, social y culturalmente. También nos expone una sociedad española de posguerra insolidaria, egoísta e interesada en el progreso y en la materialización de sus nuevas vidas, mejor del que tenían sus padres en un pasado cercano. En dicha sociedad, los mayores que padecen la vejez y sus repercusiones discriminatorias son abandonados y no tienen más remedio que vivir en la angustiosa soledad y refugiarse en ella. En este ambiente cruel, el anciano se convierte en un estorbo u una carga de la que nadie quiere responsabilizarse, el viejo don Eloy es abandonado por sus más allegados y la razón reside en su vejez.

Delibes indaga más en el interior y el pensamiento de los protagonistas, al contrario de lo que solía hacer en las novelas de característica rural. En este relato las preocupaciones de los protagonistas y sus deseos de encontrar el calor y afecto anhelados ante la poca descripción del mundo exterior, la

convierte en una narrativa ontológica. A través de la actitud de don Eloy con su asistente, trasmitiéndole sus experiencias y enseñándole a leer, el autor sugiere un modo que permite a los ancianos florecer y no desaparecer ante los jóvenes. Dicho modo reside en compartir sus experiencias personales e impartir su conocimiento a la generación joven.

Esta novela refleja la influencia de la época de la posguerra en España, un tiempo de represión política, crisis social y reflexión existencial. La obra está marcada por las tensiones y las realidades de un país bajo un régimen totalitario, donde queda expuesta la realidad de una sociedad atenazada por la precariedad, así como el abismo que entonces mediaba entre el mundo urbano y el real.

En la narración destaca una crítica implícita a la dureza y la resignación de los personajes que viven en el campo. En este sentido la novela se conecta con la época de posguerra, en la que España rural estaba sumergida en la pobreza y gran parte de sus habitantes, especialmente los que residen en el campo, tenían que enfrentarse a una lucha diaria con el fin de salir adelante con sus familias. Aunque los hechos de la narración se desarrollan en el espacio urbano de Valladolid, la historia narrada no se limita, concretamente, a advertir al lector sobre los recambios generacionales de la ciudad, pero también hace referencia a la lenta agonía de muchas costumbres del mundo rural. También plantea una reflexión sobre la vida en la antesala de la muerte destacando, hoy día, la vigencia de esta obra porque aborda una de las cuestiones universales que nadie puede pasar por alto o ignorar, como el caso de la muerte.

References:

- ⁽¹⁾ Delibes, Miguel (1969): *La hoja roja*, Madrid, Salvat Editores. Todas nuestras citas proceden de esta edición.
- ⁽²⁾ Según señala Manuel García Viñó, el escritor vallisoletano Miguel Delibes se dio a conocer con la publicación de su novela *La sombra del ciprés es alargada* en 1948, y fue publicando sus novelas con puntual regularidad. Casi una novela por año. Todo esto le dio una posición particular entre los novelistas españoles y le ha otorgado el respeto y aun el aprecio de la crítica, que le considera unánimemente uno de nuestros mejores y más representativos novelistas (1971: 18). Este escritor encarna una época. Su obra, que nace en los comienzos de la dictadura de Franco, es representante de un periodo histórico trascendente al que se va adaptando según se producen los cambios históricos y sociológicos del siglo XX (Morales Lomas, 2020:1).
- ⁽³⁾ Gil Casado, Pablo (1968): *La novela social española (1942-1968)*, Barcelona, Seix Barral.
- ⁽⁴⁾ Cfr. Buckley, Ramón (1973): *Problemas formales en la novela española contemporánea*, Barcelona, Península; Sobejano, Gonzalo (1970): *Novela española de nuestro tiempo*, Madrid, Prensa Española; Sanz Villanueva, Santos (1972): *Tendencias de la novela española actual*, Madrid, Cuadernos para el diálogo.
- ⁽⁵⁾ En esta línea, Ramón Buckley, por su parte, señala en que “una novela objetivista no es más que la selección de determinados actos de la vida real” (1973: 47).
- ⁽⁶⁾ En lo que respecta a esto, Lucien Goldman nos dice que “la integración de las obras en la biografía individual no podría, en realidad, revelar más que su relación con los problemas biográficos y síquicos del autor” (1975: 234).
- ⁽⁷⁾ Cabe señalar que dos de los datos históricos que nos proporciona la novela es cuando se hace referencia a la riada del 1952 y al dictador Francisco Franco.

- ⁽⁸⁾ La vejez según el diccionario de la RAE se define como: 1.f. Cualidad de Viejo. 2.f. Edad senil, senectud. 3.f. Achaques, manías, actitudes propias de la edad de los viejos. También cabe señalar que la vejez es una etapa de vida que comienza a los 60 años y es considerada la última etapa de vida y forma parte del envejecimiento. En cuanto a la palabra viejo: adj. Dicho de persona o animal: Que tiene muchos años y está en el final de su ciclo vital.
- ⁽⁹⁾ En España, los libritos de papel de fumar para envolver el tabaco suelen incluir una hoja roja, en la que se advierten al usuario que “Quedan cinco hojas”.
- ⁽¹⁰⁾ Con relación a esta cuestión, Gonzalo Sobejano nos dice que “no extraña que persona de sensibilidad tan aguda como Delibes, inquietado desde niño por la densa presencia de la muerte entre la gente de España con su aparato de mortajas, esquelas, entierros y lutos, se muestre tan vulnerable al miedo radical, el de la muerte. El hecho se explica mejor teniendo en cuenta otros datos; la guerra civil, el servicio temprano en la Marina” (2003: 181).
- ⁽¹¹⁾ En este sentido, Manuel García Viñó nos dice que “el mundo novelesco de Delibes es el de los medios rurales y provincianos [...] La elección de este mundo no obedece a motivos circunstanciales. Responde a una cuestión de principios. Delibes piensa que en ese mundo está el hombre con sus más auténticas reacciones” (1971: 18).
- ⁽¹²⁾ En esta novela, cabe señalar que el escritor utiliza el personaje “como medio, como técnica, es decir, como instrumento fundamental para la visión y exploración de ese mundo”. (Tacca, 1978:131)
- ⁽¹³⁾ En esta línea, es importante recordar que la novela de Delibes se caracteriza por la hondura de sus personajes, su continuo pensamiento sobre lo interior del ser humano, la bondad y generosidad de sus propuestas estéticas. Son aspectos que afirman la dimensión humana de su obra y testifican su permanencia como novelista excepcional (Morales Lomas 2020:1).

- ⁽¹⁴⁾ En esta novela se aprecia la importancia del cambio espacial, que según Villanueva “la situación narrativa implica necesariamente [...] uno o varios lugares, cuya presencia en el texto autentifica, da veracidad al relato” (1995:42). Para María del Carmen Bobes Naves “las acciones transcurren en el tiempo, pero los personajes y los objetos se sitúan estética o dinámicamente, en el espacio” (1993: 174).
- ⁽¹⁵⁾ En cuanto a esta cuestión, Violeta Cárdenas señala que “el progreso cierra la posibilidad de reencontrarnos con nuestra propia humanidad, nos aísla, nos convierte en seres iguales, cuya peculiaridad es cubierta por la máscara de la felicidad dada a partir del dinero que poseemos, del prestigio que buscamos siempre a costa de los demás” (2014: 120).
- ⁽¹⁶⁾ Como hemos visto, el escritor recurre a la descripción porque “los detalles descriptivos crean un ambiente afín con las emociones de los personajes, revelando las situaciones y escenas que acontecen” (López-Landy, 1979: 181).
- ⁽¹⁷⁾ Véase, Fernández, Sara (2012): “Como una buena mujercita de su casa” Un vistazo a la mujer del campo a través de la novela de Miguel Delibes: *La hoja roja*”, *Hipertexto*, 16, verano, p. 113.
- ⁽¹⁸⁾ En esta línea, debemos tener en cuenta el hecho de que don Eloy y la Desi, a pesar de sus diferencias sociales y culturales, sufren del mismo modo dicha soledad, esto “indica que el alcance del problema va más allá del género, la edad, el estatus social o la procedencia geográfica del individuo” (Cuadrado Gutiérrez, 2011: 76).
- ⁽¹⁹⁾ Cfr. Alonso de los Ríos, 1973: 74.

Bibliografía

- Alonso de los Ríos, César (1993): *Conversaciones con Miguel Delibes*. Barcelona: Destino (Col. Áncora y Delfín).
- Bobes Naves, María del Carmen (1993): *La novela*, Madrid, Síntesis
- Buckley, Ramón (1973): *Problemas formales en la novela española contemporánea*, Barcelona, Península.
- Cárdenas, Violeta (2014): “Miguel Delibes y su crítica al progreso”, *Siglo XXI. Literatura y cultura españolas*, N° 12, diciembre, 105-121.
- Cuadrado Gutiérrez, Agustín (2011): “Memoria, soledad y muerte en *La hoja roja* de Miguel Delibes”, *Castilla. Estudios de Literatura*, 2, 73-90.
- Delibes, Miguel (1969): *La hoja roja*, Madrid, Salvat Editores.
- Delibes, Miguel (1975): “El sentido del progreso desde mi obra.” Discurso de ingreso a la Real Academia de la Lengua. http://www.cordilleracantabrica.org/IMG/pdf/el_sentido_del_progreso_desde_mi_obrapdf; consultado el 05/09/2024
- Ezquerro, Milagros (1990): “La paradoja del personaje”, en Marina Mayoral, *El personaje novelesco*, Madrid, Cátedra.
- García Viñó, Manuel (1971): *Novela española de posguerra*, Madrid, Publicaciones Españolas.
- Garrido Domínguez, Antonio (1993): *El texto narrativo*, Madrid, Síntesis.
- Gil Casado, Pablo (1968): *La novela social española (1942-1968)*, Barcelona, Seix Barral.
- Goldman, Lucien (1975): *Para una sociología de la novela*, Madrid, Ayuso.
- González, José Ramón (2003): “Miguel Delibes: los caminos de un novelista”, en María Pilar Celma (ed.), *Miguel Delibes*, Valladolid, Universidad de Valladolid, Junta de Castilla y León, pp. 43-60.

- Marra López, José (1960): "Reseña sobre *La hoja roja*", *Ínsula*, 160, 10.
- Medina-Bocos, Amparo (2005): "Claves para leer a Miguel Delibes", *Siglo XXI*, 3, pp. 165-183.
- Morales Lomas, Francisco (2020): "La narrativa de Miguel Delibes", *Sur. Revista de Literatura*, N° 15, otoño, pp. 1-21.
- Rey Álvarez, Alfonso (1975): *La originalidad novelística de Miguel Delibes*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela.
- Sanz Villanueva, Santos (1972): *Tendencias de la novela española actual*, Madrid, Cuadernos para el diálogo.
- Sobejano, Gonzalo (2003): "El lugar de Miguel Delibes en la narrativa de su tiempo", *Siglo XXI* 1, noviembre, pp. 175-187.
- Sobejano, Gonzalo (1975): *Novela española de nuestro tiempo*, Madrid, Prensa Española.
- Sobejano, Gonzalo (1970): *Novela española de nuestro tiempo*, Madrid, Prensa Española.
- Tacca, Oscar (1978): *Las voces de la novela*, Madrid, Gredos.
- Trapiello, Andrés (2003): "Cadencia de un apaño (A propósito de *La hoja roja*)", en María Pilar Celma (ed.), *Miguel Delibes*, Valladolid, Universidad de Valladolid, Junta de Castilla y León, pp. 154-160.
- Umbral, Francisco (1969): Prólogo a *La hoja roja*, Madrid, Salvat Editores.
- Fernández, Sara (2012): "Como una buena mujercita de su casa" Un vistazo a la mujer del campo a través de la novela de Miguel Delibes: *La hoja roja*", *Hipertexto*, 16, verano, pp. 110-121.
- Villanueva, Darío (1995): *El comentario de textos narrativos: la novela*, Barcelona, Ediciones Júcar.